

Lukács y las robinsonadas del siglo XVIII:
la *laboriosidad* como atributo de la
burguesía triunfante

Lukács and the robinsonadas of century
XVIII: industriousness like attribute of
triumphant bourgeoisie

Martín Ignacio Koval

Doctor en Letras por la
Universidad de Buenos Aires
(UBA). Docente de la UBA y
de la Universidad Nacional
Arturo Jauretche (UNAJ).

martinignaciokoval@gmail.com

Jésica Lenga

Maestranda en Letras por la
UBA. Adscripta a las
cátedras de Literatura
Alemana y Literatura Inglesa
de la UBA.

jesicalenga@gmail.com

📄 <https://orcid.org/0000-0002-3641-5721>

📄 <https://orcid.org/0000-0002-5263-5396>

Recebido em: 27/11/2018

Aceito para publicação em: 29/11/2018

Resumen

En este artículo se aborda un corpus de robinsonadas del siglo XVIII a la luz de la noción de *laboriosidad*, que Lukács desarrolla en “La novela” (1934). La categoría de trabajo está en el centro de estas novelas y la laboriosidad es el atributo básico de sus héroes, los Robinsones. El que todos los Robinsones sean protestantes y que su trabajo pueda ser calificado, con Marx, como *no alienado*, son las dos manifestaciones de aquel concepto clave que serán estudiadas.

Palabras-clave: Robinsonadas. Laboriosidad. División del trabajo. Protestantismo. Trabajo no alienado

Abstract

This article deals with a corpus of robinsonades of the 18th century in the light of the notion of industriousness, which Lukács develops in “The novel” (1934). The category of work is at the center of these novels, and hard work is the basic attribute of its heroes, the Robinsons. The fact that all the Robinsons are Protestants and that their work can be qualified, with Marx, as not alienated, are the two manifestations of that key concept that will be studied here.

Keywords: Robinsonades. Industriousness. Division of labor. Protestantism. Non-alienated work

Mediante el artilugio de la isla desierta, los autores de robinsonadas les dan a sus héroes la posibilidad de escapar de la realidad cosificada de la sociedad burguesa capitalista, que el Lukács de *Teoría de la novela* (1916; publ. 1920) denominó “*mundo de la convención*” (1985, p. 329). El hombre se enfrenta en la isla desierta a una naturaleza virgen, que, a su vez, lo “devuelve” a él mismo, un hombre de la “civilización”, a la naturaleza, pero no porque en el *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe, en *La isla Felsenburg* (1731) de J. G. Schnabel, en *El nuevo Robinson* (1779) de J. H. Campe o en *El Robinson suizo* (1812) de J. D. Wyss,²⁴ etc., se persiga un ideal regresivo de *animalización* o de reivindicación del instinto – nada más alejado de ello – sino porque la intención de estos autores parece haber sido la de darles a sus héroes la posibilidad de “empezar de nuevo” con sus vidas y, de paso – en algún caso –, con la historia.

La ilusión del “nuevo comienzo” está estrechamente ligada, como vio Marx, al individualismo propio de la mentalidad burguesa dieciochesca. “El cazador o el pescador solos y aislados, con los que comienzan Smith y Ricardo – dice Marx en la Introducción a los *Grundrisse* (1857) – pertenecen a las imaginaciones desprovistas de fantasía que produjeron las robinsonadas del siglo XVIII” (2005, p. 3). Este “naturalismo” presente en el pensamiento dieciochesco no expresa, se lee, “una simple reacción contra un exceso de refinamiento [o] un retorno a una malentendida vida natural”, sino que constituye “una anticipación” de la sociedad burguesa, en la que el individuo aparece como desprovisto de toda vinculación con algún “conglomerado humano determinado” (p. 3). De acuerdo con el liberalismo individualista, los individuos tienen unas características que les están dadas *antes* de la interacción social.

Lo que proponen las diversas teorías contractualistas desde Hobbes a Rousseau es, en efecto, que en el origen de la sociedad hay un conjunto de individuos solitarios (y “naturales”) que deciden agruparse por propia voluntad para fundar la sociedad. El individuo es concebido aquí, como dice Marx, “no como resultado histórico, sino como un punto de partida de la historia”, lo cual es una ilusión que “ha sido [, hasta hoy,] propia de toda época nueva (p. 4). Esta época nueva es la de la burguesía: la sociedad burguesa, altamente compleja y sofisticada, en la que los individuos son interdependientes en virtud de las leyes del mercado, alimenta, de manera paradójica, la fantasía de que el individuo está, al comienzo, en realidad, solo. Marx concluye: “Según la concepción que [los profetas del siglo XVIII] tenían de la naturaleza humana, el individuo aparecía como conforme a la naturaleza en cuanto puesto por la naturaleza y no en cuanto producto de la historia”

²⁴ Nos referiremos a estas novelas con las siguientes iniciales: *RC*, *LIF*, *ENR*, *ERS*.

(2005, p. 4). Esta es la “ilusión” que nutre a todo el subgénero novelístico de las robinsonadas, y, podemos agregar, cuyos autores usaron conscientemente en aras de atraer a los lectores contemporáneos.

Lo cierto, entonces, es que esta utilización del mito fundante de la sociedad contractualista burguesa, la ilusión del “empezar de cero” (en una isla desierta), entraña la posibilidad de que el héroe se enfrente no ya al mundo de la convención, a la *segunda naturaleza*, sino a la “primera”.²⁵ La lucha por el “sentido” no se da en el mundo cosificado de la división del trabajo capitalista, sino en un paraíso natural. No se trata del enfrentamiento de Josef K. (por mencionar un ejemplo extremo) a un proceso cuyos fundamentos le resultan inaccesibles: se trata más bien de construirse un refugio para guarecerse de la lluvia y de la noche, de cazar y encontrar fuentes de alimento y supervivencia. En vista de lo recién dicho se puede entender que la categoría clave para leer todo el subgénero de las robinsonadas sea, como advirtió el propio Lukács, la *laboriosidad*:²⁶ el trabajo es la forma en que el hombre le da un sentido “para sí” a la naturaleza.

La laboriosidad

En su artículo “La novela”, una reelaboración en clave marxista de *Teoría de la novela*,²⁷ Lukács dice que el rasgo característico de la novela del siglo XVIII, periodo al que denomina de “conquista de la realidad cotidiana”, es el *optimismo*. Autores como Defoe, Lesage, Fielding, Smolett, Restif o Laclos “se hallan en una relación positiva con su época, con su clase social [i. e. la burguesía], que lleva a cabo la gran transformación de la época” (2011, p. 52). El predominio del *happy ending* es el síntoma de esta relación positiva entre el novelista y su época. Lukács agrega, con todo, que el compromiso de estos autores con el realismo los lleva a no ocultar nada en la representación de manera ideológica. De ahí que lo característico es una “contradicción irresuelta entre lo horroroso del tema representado y el inquebrantable optimismo de la clase ascendente” (p. 85). Lukács pone como ejemplo paradigmático de esto a Daniel Defoe.

²⁵ El mundo de la convención es “un mundo presente en todas partes con inabarcable multiplicidad”, cuya legalidad rigurosa “se hace evidente al sujeto conecedor con necesidad, pero que, pese a todas esas leyes, no se ofrece como sentido al sujeto que busca fines, ni como materia, en sensible inmediatez, para el sujeto activo” (1985, p. 329).

²⁶ Lukács emplea el término *Arbeitsamkeit*.

²⁷ El artículo “La novela” se publicó por primera vez en ruso en la *Enciclopedia de Literatura* de la Unión Soviética, vol. IX (Moscú, 1935). Luego, fue publicado en alemán en el libro *Escritos de Moscú*, que reúne diversos textos escritos por Lukács entre 1934 y 1940.

En el caso particular de Defoe — pero también en el de los otros grandes novelistas del periodo —, el optimismo está dado por “el triunfo de la tenacidad y de la *laboriosidad*²⁸ burguesas” (LUKÁCS, 2011, p. 51). Lukács afirma que en el periodo en que la burguesía se vuelve la clase dominante a nivel universal se acentúa, como nunca antes en la historia de la novela moderna, “el principio progresista, activo en la burguesía” (p. 51). Es por esto que llama la atención acerca de “cada palada o azada con las que Robinson violenta en su isla a la naturaleza, sometiéndola a la civilización” (p. 53). Es decir, lo que está en primer plano en este tipo novelístico es la inclinación a la acción propia del héroe burgués. Más en particular: la representación del trabajo — en tanto principio activo, actividad — como forma característica de la relación del hombre²⁹ — es decir, más allá de todo ocultamiento ideológico, la *sociedad* — con la naturaleza.³⁰

El hecho de que la laboriosidad es una categoría social e históricamente determinada queda en evidencia en la aversión de los Robinsones por la ociosidad. El mayor peligro que debe afrontar todo Robinson es, en efecto, el tiempo libre. “Rara vez estaba ocioso” (DEFOE, 1982, p. 123) dice Robinson Crusoe; y “[n]o podía estarme ocioso”, afirma Albert en *LIF* (SCHNABEL, 2017, I, p. 248). En *ENR*, por su parte, hay un episodio en que el héroe sufre una penosa enfermedad. Desde su lecho de enfermo no ha podido cuidar del fuego, que se ha apagado, y como ahora, ya curado, no posee los medios para volver a encenderlo, hay una serie de tareas domésticas que ya no puede hacer. Es un momento de relativa *regresión*, en la medida en que tiene que volver a comer carne cruda, además de sus usuales ostras, leche y cocos. Al mismo tiempo, empero, hace tiempo que ha dado fin a su principal obra: la construcción de su vivienda. Es por esto que el narrador, esto es, el personaje del padre en el marco del relato, afirma: “parecía no quedarle ya más que pasar su tiempo sin hacer nada y durmiendo” (CAMPE, 2005, p. 169), y agrega que este pensamiento horroriza a Robinson.

El ocio — que provoca, como se ve, un profundo rechazo — se contrapone en el relato a la *laboriosidad*. “[Robinson] se había acostumbrado tanto a la laboriosidad — se explica —, que ya no podía vivir sin hacer un uso útil del tiempo” (p. 169). Es por esto que piensa que debía su salvación anímica al hecho de que la indefensión inicial de su

²⁸ [El subrayado es nuestro].

²⁹ El burgués es elevado en las robinsonadas al rango de representante del género humano sin más.

³⁰ En el capítulo “El trabajo” de la *Ontología del ser social* (publ. póstumamente en 1984), Lukács dirá que “solo el trabajo posee, de acuerdo con su esencia ontológica, un carácter expresamente transicional: es, según su esencia, una interrelación entre el hombre (la sociedad) y la naturaleza y, por cierto, tanto con la inorgánica (herramientas, materia prima, objeto de trabajo, etc.) como con la orgánica” (LUKÁCS, 2004, p. 58). Es por esto, agrega, que “[e]l trabajo puede ser considerado [...] como fenómeno originario [Urphänomen], como modelo del ser social” (2004, p. 58s.).

existencia solitaria en la isla “lo había obligado a estar constantemente activo” (p. 170). El padre cierra este pasaje con una máxima moral dirigida al grupo de niños que lo escucha: “¡*La laboriosidad, mis pequeñitos, es la madre de muchas virtudes, mientras que la pereza es el comienzo de todos los vicios!*” (p. 170). Por supuesto, a Robinson se le ocurren en seguida cosas para hacer (por lo pronto, escoge un árbol con la intención de ahuecarlo para hacer una canoa), pero el miedo experimentado ante el vacío del no saber qué hacer es equiparable en la novela — y en todo el género — al temor ante los posibles “salvajes” que puedan habitar la isla.

El hecho de que la laboriosidad es un atributo específicamente burgués es algo que se pone de manifiesto en *LIF*. El tercer día tras el naufragio, al que solo han sobrevivido Albert (un burgués), Lemelie (el capitán del barco); Van Leuven (noble) y su esposa, Concordia (burguesa), vemos que Lemelie “no hacía otra cosa que comer y beber [y] fumar tabaco”, mientras que la pareja parece esperar una salvación milagrosa. Van Leuven, en particular, cree que “no faltaría el dirigible o barco que nos llevaría en un instante a Ceilán” (SCHNABEL, 2017, p. 176). Esta es la reflexión de Albert, el narrador, al respecto: “Yo me daba cuenta, por cierto, de que esta buena gente, con esta forma de vivir, no iba a cerrarle el paso al hambre inminente” (p. 176). En consecuencia, asciende a una cima escarpada desde la que divisa un grupo de animales a los que fácilmente podrían darles caza. Albert inaugura así la fase exploratoria de la estadía en la isla, que es lo que les posibilitará sobrevivir. Albert, el burgués, es el personaje *dinámico* en esta parte de la novela.

Lukács deduce como correlato de esta acentuación del momento activo, progresista en la burguesía la tesis de que en la literatura del siglo XVII — y de un modo palmario en las robinsonadas — aparecen los “intentos más enérgicos” por crear un *héroe positivo*, si bien, en sus mejores representantes, “al precio de un cierto achatamiento del héroe” (2011, p. 84). Lukács se refiere con esto último, sobre todo, al puritanismo “estrecho de miras” de Robinson Crusoe, es decir, podemos pensar, a su falta de ideales relativos a un mejoramiento del mundo.³¹ Es cierto que los Robinsones poseen una moral que, desde nuestra perspectiva actual, resulta insoportablemente estrecha, pero hay que agregar que el idealismo del que carece un Robinson Crusoe abunda en un Albert Julius, el héroe de una segunda tradición al interior de las robinsonadas que, fundada por Schnabel, está íntimamente vinculada a la utopía.

Lo cierto es que, más allá de las reflexiones religiosas y autoinculpadoras del héroe, toda la primera parte de una novela como *RC* está “saturada de empiria” (SCHLAEGER,

³¹ En este sentido, el pragmatismo de un héroe como Robinson Crusoe contrasta con el idealismo de un Don Quijote, que, en el esquema de Lukács, es el héroe típico del periodo anterior en el desarrollo de la novela.

1985, p. 281), esto es, pone en escena las acciones llevadas a cabo por el héroe para imponer categorías humanas a la naturaleza virgen que lo circunda. Esto es válido también para *LIF* y todas las robinsonadas del siglo XVIII hasta *ERS*. El carácter notoriamente *activo* del tipo de héroe *à la* Robinson Crusoe es lo que liga a este con la épica,³² al mismo tiempo que lo aleja del tipo de héroe idiosincrático de la novela en general,³³ al menos del modo en que, como muestra Lukács, fue definida por la filosofía clásica alemana en la época del “reino animal espiritual”.³⁴ En lo que sigue daremos cuenta de dos funciones de la laboriosidad en las robinsonadas: el trabajo como vía de salvación anímica, de un lado, y la tematización del trabajo no-alienado como crítica –implícita o explícita, según el caso–, al modo de producción capitalista.

El trabajo y la salvación anímica

Lukács habla de la “aburrida religiosidad puritana de Robinson” para aludir al hecho de que el precio que paga una novela como la de Defoe por su “optimismo” es, como ya hemos dicho, la estrechez de miras del héroe (2011, p. 55). Es, en efecto, imposible comprender el alegato a favor de la laboriosidad característica de las robinsonadas sin tener en cuenta el pensamiento económico y la ética protestantes. La mayor parte de las conductas de los solitarios Robinsones: su resignación y sometimiento al lugar en el que la Providencia los ubica en este mundo, su propensión al trabajo constante, su propósito de perfeccionarse moralmente a través de las labores manuales, se cimientan en la moral, de marcado corte individualista, propia de la Reforma.

³² Las robinsonadas del siglo XVIII son un testimonio importante del “ascenso” de la novela. La llegada a la isla desierta les da a los Robinsones, provenientes de las metrópolis europeas, la libertad de vivir sin estar sujetos a los constreñimientos sociales. Pero también los priva de la pertenencia a una comunidad: lo destina a una existencia solitaria. La autonomía es, *a priori*, el atributo central de Robinson, mas también lo es su correlato, la soledad. Pues bien, el hecho de que el héroe tenga delante suyo un territorio natural virgen es lo que permite un acercamiento de la novela a la épica, que es propia de un periodo en el cual “la vida de la sociedad no está dominada por fuerzas sociales que se han vuelto independientes de los hombres y que se han autonomizado” (LUKÁCS, 2011, p. 32). Lo irónico es, con todo, que esta posibilidad está dada por el motivo de la isla desierta: la actividad autónoma solo es posible allí, en virtud de la ruptura de todos los lazos –al menos los externos– que unían al héroe con la sociedad. En este punto, la distancia con la épica, en la que existía una “unidad sustancial” del héroe con la sociedad (p. 33), no podría ser mayor. Esto último se vincula, claro está, con el acceso que, como lectores, tenemos al mundo interior de Robinson, cosa imposible con relación a un héroe épico. Dicho sea de paso: ya en *Teoría de la novela*, Lukács decía que, en el epos, “los hombres salen en busca de aventuras, pero nunca se hallan en soledad” (LUKÁCS, 1985, p. 19).

³³ En *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* (1796), como se sabe, Goethe dice: “El héroe novelesco ha de ser pasivo o por lo menos no muy activo” (2000, p. 384).

³⁴ Es decir, en el periodo que va de la Revolución Francesa a los levantamientos proletarios de 1848.

Al convertir la relación con Dios en un vínculo privado y fomentar las interpretaciones individuales de los textos religiosos – el autoexamen mucho más que la confesión –, para, así, conferirle al individuo la responsabilidad de su propia dirección espiritual, lo que el protestantismo logra es dar sitio al surgimiento de una mentalidad individualista que ya no se preocupa *en primera instancia* por la congregación, ni por la comunidad y ni siquiera por la nación o la familia (WATT, 1961, p. 20). Robinson, a quien el novelista decimonónico Charles Kingsley calificó en 1868 como un “monje puritano” (cit. en NOVAK, 1961, p. 244), está solo, tal como se lo está – si bien de un modo muy diverso – en las sociedades capitalistas del mundo moderno; pero ese “estar solo”, para el individuo protestante, lejos de ser un obstáculo, es una oportunidad para probar que es capaz de vencer situaciones adversas gracias a su trabajo racional y disciplinado.³⁵

El trabajo solitario de Robinson es, de este modo, una dramatización del ego puritano que celebra la soledad como la mejor forma de obtener la tan buscada autonomía. Es más, si, para el catolicismo, el trabajo siempre había sido considerado como un castigo divino ante el pecado original, como una caída, – “ganarás el pan con el sudor de tu frente” es la terrible sentencia de Dios a Adán –, la Reforma dignificará la noción del trabajo, confiriéndole incluso una pátina de santidad.

Robinson Crusoe encarna este nuevo *ethos*. El héroe no se permite descansar ni por un momento; incluso, cuando consigue un esclavo, Viernes, esto no se vuelve un pretexto para dejar de trabajar sino una forma de ampliar los beneficios duplicando esfuerzos. Todos los Robinsones posteriores se mostrarán siempre en medio de una actividad frenética: siembran, cazan, pescan, construyen incansablemente. El trabajo es para ellos fuente de prosperidad, satisfacción y la base de su progreso. Asimismo, el trabajo será la fuente de la salvación de los Robinsones, tanto física como espiritual. Según el credo puritano en particular, al que Defoe adscribía, la redención no puede alcanzarse exclusivamente a través del rezo y la lectura de la Biblia, sino que estas actividades deben complementarse con las labores terrenales que pueden ser también una forma de devoción. Así, el protestantismo redefinirá al trabajo como un servicio a Dios y por ello, como una obligación religiosa y ética suprema. Trabajar, no importa cuál sea la actividad que uno desempeñe, es hacer el bien puesto que, para el puritanismo el hombre justo, es el hombre útil.

³⁵ Esta mentalidad individualista del protestante trasciende el ámbito religioso. Al dejar librada la conducta moral de cada individuo a un examen subjetivo, la ambición colonialista, la explotación capitalista y el esclavismo, se vuelven factibles de ser justificados.

En todas las robinsonadas se describirá minuciosamente el trabajo de los Robinsones porque con ello se prueba la virtud del Robinson, la calidad de su fe. En Robinson Crusoe, el valor del trabajo se vuelve hiperbólico. Es este el que evita que Robinson caiga en el primitivismo y el que también consigue que el náufrago pueda convertir su estado de abandono en un triunfo. Es posible realizarse plenamente en el trabajo, de acuerdo a lo que plantea Defoe. Es por esa causa que los Robinsones trabajan incluso cuando no es necesario hacerlo, por puro placer (BARTRA, 1997, p. 130). Esto, también se vincula con la mentalidad puritana: si el trabajo resulta beatífico para el individuo es porque en él se puede encontrar también a la Providencia de Dios, que está presente, ya no solo en el plano celestial, sino en todas las esferas de la vida, incluso en las labores mínimas. Las pequeñas tareas cotidianas de Robinson: fabricar cacharros, cultivar unos pocos granos, domesticar una cabra, etc., se vuelven por eso significativas y dignas de ser narradas.

La isla descrita en *ERS* se distingue de la que habita el héroe de Defoe ya que, mientras este destaca en numerosas oportunidades los enormes esfuerzos que debe realizar para satisfacer sus necesidades, la naturaleza más benigna de la isla a la que arriba la familia suiza provee a sus integrantes de todo lo necesario para la satisfacción de sus necesidades, a cambio de relativamente poco trabajo. Aun así, tanto los padres como los hijos se mantienen siempre ocupados, demostrando que el trabajo es necesidad espiritual, un fin en sí mismo y no solo un medio para obtener determinados beneficios. En esta novela se rescata el valor moral de disponer solo de aquello que es fruto del trabajo propio: “Esta vida campesina – le dice la mujer a su marido – me complace más de lo que te figuras y me parece muy bueno y justo que no disfrutemos de más comodidades que de las que podamos proporcionarnos con el sudor de nuestra frente” (WYSS, 1991, p. 59). La mujer califica esto último como “ley de Dios”.

Por otra parte, en aquellas robinsonadas en las que nos encontramos con más de un Robinson, podemos observar cómo dentro de las sociedades protestantes el trabajo se vuelve un elemento de organización social. De no estar mediadas por la mentalidad protestante, novelas como *LIF* o *ERS*, en las cuales las paradisíacas islas proveen a sus habitantes con todo lo que necesitan, demandando de ellos un esfuerzo relativamente escaso,³⁶ se volverían relatos más cercanos al motivo del *país de Jauja*, en el cual todos

³⁶ Albert Julius describe así su primera impresión de la isla a la que había sido confinado: “Una vez que me hallé en medio de este paraíso me quedé tanto más atónito, en cuanto vi que los animales silvestres que allí había –ciervos, corzos, monos y cabras y otros animales desconocidos– eran mucho más mansos de lo que son entre nosotros, en Europa, los animales domésticos” (SCHNABEL, 2017, I, p. 180).

pueden dedicarse a la glotonería y el ocio sin límites. Empero, en las robinsonadas, la moral puritana impone una forma de vida regida por el deber, más que por el deseo.

En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Weber postula que la imposición de la actividad profesional como una obligación religiosa está presente ya desde la terminología que se emplea en los textos protestantes, en donde siempre se alude al quehacer de los hombres no como “profesión” sino con la palabra “*calling*”, o sea, “llamado”:

...en el vocablo alemán “profesión” (*Beruf*), aun cuando tal vez con más claridad en el inglés *calling*, existe por lo menos una remembranza religiosa: la creencia de una misión impuesta por Dios. Este sentido religioso del vocablo se manifiesta resplandeciente en todos los casos determinados en que se la emplee en su completa significación. Tras la génesis histórica de dicha voz a través de las diversas lenguas, se advierte, en primer lugar, que aquellos pueblos en los que predomina el catolicismo carecen de una expresión irisada con este matiz religioso para indicar eso que en alemán nombramos *Beruf* (con el significado de posición en la vida, de una clase concreta de trabajo), así como en la antigüedad clásica estaban faltos de ella, en tanto que la tenían los pueblos protestantes en su mayoría. (WEBER, 2011, p. 80)

Este vocablo sugiere, entonces, que cada hombre es dotado por la Providencia con un don, se le asigna una tarea específica, una misión a la cual debe someterse. La mejor manera de complacer a Dios es por eso cumplir los deberes mundanos de la forma más eficiente posible. De esta manera, el protestantismo instala en las sociedades burguesas, la posibilidad de considerar al trabajo como meta de vida y permite que florezca la relación requerida por el capitalismo entre el individuo y su profesión: un vínculo que excede la lógica racional, en el cual el individuo actúa como un misionero que se consagra abnegadamente a su actividad profesional. Nuevamente, los Robinsones ilustran esta noción: todos ellos se obligan a trabajar en tanto *misión* autoimpuesta que trasciende la mera satisfacción de las necesidades materiales.

La laboriosidad protestante, en tanto forma de expresión particular de una “lucha del hombre con la naturaleza” (LUKÁCS, 2011, p. 53) que solo en la superficie se manifiesta como tal, mientras que, en esencia, da cuenta de un vínculo determinado con Dios, está vinculada también, en las robinsonadas, como ya se ha dicho, al rechazo del ocio. El ocio es tan peligroso para los Robinsones como la presencia de los “salvajes”. En este punto, la laboriosidad no se distingue de la *productividad*. El empleo improductivo del tiempo está estrechamente relacionado al vicio, de modo que el trabajo se constituye, en las islas alejadas de la civilización, en salvaguarda de la virtud. Dado que su trabajo es también servicio a Dios, este debe llevarse a cabo devotamente. Robinson Crusoe destaca una y

otra vez el hecho de que no “pierde el tiempo” ni “ahorra esfuerzos” en ninguna de sus tareas diarias, lo cual le da lugar siempre a una “satisfactoria reflexión” (DEFOE, 1982, p. 63).

La ansiedad de los Robinsones por trabajar debe ser leída, en esta línea, como forma idónea de escapar de la posibilidad de “caer” en el pecado. Este es otro de los fundamentos para que los Robinsones no estén jamás ociosos y procuren capitalizar cada hora para realizar una nueva obra útil. Esto permite entender, además, por qué la ideología protestante se adaptó tanto mejor que la católica precedente – piénsese en el contraste entre la inútil ociosidad del católico capitán Lemelie y la ética laboral protestante de Albert, en *LIF* a la ambiciosa mentalidad de la clase burguesa en ascenso.

El nuevo *ethos* laboral de la doctrina puritana resultó funcional al capitalismo: precisamente en el momento en el que la división del trabajo comenzaba a aparecer y el trabajo se volvía más embrutecedor y menos gratificante, podemos pensar, con Watt, la afirmación compensatoria del trabajo se volvió más necesaria (1961, p. 38). Las robinsonadas son documentos histórico-literarios en los que podemos ver cómo la condición de posibilidad para representar de un modo realista un trabajo que resultara gratificante fue, para los novelistas protestantes del siglo XVIII, más allá de la obligada mistificación religiosa, la decisión de colocar al héroe en una isla desierta. Es como si estos autores quisieran decir que con el argumento divino no bastaba para justificar el placer y la alegría de los héroes por trabajar.

De acuerdo al credo puritano, entonces, el ocio resulta peligroso, abandonarse a él implica la posibilidad de caer en el vicio. Este vínculo entre ocio y corrupción se manifiesta en *LIF* a través del ya mencionado Lemelie, este capitán francés que no colabora con los quehaceres con los que están atareados los otros náufragos y, en cambio, ocupa su tiempo en pensamientos lúbricos y perversos. Entretanto, en *ENR*, Wyss adoctrina a sus jóvenes lectores para evitar el pecado de la holgazanería y emplea a Ernesto, aquel de los hijos que prefiere la lectura y las actividades intelectuales por sobre las labores físicas, para amonestar a aquellos que permanecen inactivos. Dice el padre: “Qué refinamiento de pereza. Si te abandonas de tal modo a la indolencia, pobre hijo, acabarás por ser un hombre sin fuerza ni coraje” (WYSS, 1984, p. 80). Este es solo un ejemplo entre muchos.

La conjunción del culto al trabajo y la demanda ética de ascetismo y ahorro que imponen todas las ramas del protestantismo, genera que surjan entre sus fieles grandes fortunas. Más aún, según Max Weber, el protestantismo se transforma en una justificación ideológica del enriquecimiento de la clase burguesa. Si la Providencia es quien designa el lugar de cada uno en la sociedad, es ella quien dispone quienes serán los ricos y pobres.

Tan solo la opulencia y la superficialidad que caracterizaron a la aristocracia, en contraposición a la clase burguesa, son condenadas por el puritanismo. El éxito económico es considerado, en cambio, una prueba de la gracia divina; la capacidad de crear riqueza se interpreta como señal de haber sido elegido por Dios: aquel que se salva en la Tierra, también se salvaría en la vida ultraterrena.

Esta visión del enriquecimiento está presente en las robinsonadas: en todos los casos, sin que esta sea su finalidad, los Robinsones se enriquecen como fruto de su laboriosidad en la isla. En el caso del héroe de Defoe, observamos, por ejemplo, que cuando expía sus culpas consigue la prosperidad económica. Puesto que la riqueza tiene un significado moral y espiritual, el puritanismo glorifica al *selfmade man*, aquel que triunfa, cumpliendo los mandatos divinos. En *LIF* – que, con todo, es, en muchos aspectos, muy crítica del modo de producción capitalista –, Albert es presentado como un elegido de la Providencia: es él quien encuentra la isla, será él el único náufrago varón que sobreviva y se adueñe del amor de Concordia y quien, además, se enriquecerá en la isla.³⁷

En la noción de la laboriosidad puritana presente en las robinsonadas encontramos manifiestas las contradicciones que se produjeron durante los orígenes del capitalismo en relación con la cuestión del trabajo: por un lado, el trabajo es considerado un acto de sumisión al mandato divino, pero por otro, provee al sujeto de autonomía y lo empuja cada vez más a la vida terrenal, por así decir, lo “seculariza”. Desde esta óptica, los Robinsones encarnaron esta lucha entre el puritanismo y una creciente secularización de la vida cotidiana que en el siglo XVIII aún no se manifestaba abiertamente, pero que ya resultaba insoslayable. La presunta religiosidad detrás sus esfuerzos y labores podría ser interpretada también, así, como una pátina que volviera más aceptable la creciente ambición burguesa.

El trabajo como satisfacción, o el trabajo no-alienado

En los mundos narrados de las robinsonadas, como vimos, prima la ética protestante. El trabajo no es en las islas una carga, sino que se deja entrever la idea de

³⁷ Schnabel advierte una y otra vez acerca de los peligros de la ambición desmedida y el afán de acumulación de la sociedad burguesa naciente, que se contraponen con el concepto de piedad religiosa. Uno de los habitantes de Felsenburg se pregunta, en esta línea: “¿Cuántos millares de cristianos hay que con su amargo trabajo no tienen para llenar sus estómagos según sus ganas? Los menos de los ricos quieren compartir con los pobres una parte considerables de sus riquezas sobrantes porque temen caer ellos mismos en la pobreza. Y nosotros, habitantes de este paraíso, con gusto compartiríamos con el prójimo el disfrute de todo esto” (SCHNABEL, 2017, II, p. 32). Aquí, la burguesía europea no es glorificada por sus logros; por el contrario, en todos los relatos de los personajes que van llegando a la isla podemos encontrar una tonalidad melancólica, que no es producto de la soledad o el aislamiento, sino de la experiencia pasada en Europa.

que el ser humano debería sentirse dichoso de poder administrar los dones materiales de Dios, justamente, mediante el trabajo. Lo curioso es que, según señala Watt, esta concepción del trabajo en tanto dicha cobra relevancia en el contexto del auge del capitalismo industrial y la división del trabajo que le es inherente (1962, p. 73). En las robinsonadas abundan las alusiones – en general, indirectas – a la alienación de la vida civilizada, en la que el individuo participa apenas de una parte minúscula del proceso de trabajo, perdiendo la mirada de conjunto.³⁸ El héroe *a là* Robinson es el opuesto del individuo especializado. Es el individuo autosuficiente por excelencia, que es capaz de realizar por sí solo el mismo trabajo para cuya realización se requiere en Europa de “todo un ejército de especialistas” (EAGLETON, 2009, p. 58).³⁹

En los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Marx se refiere a la alienación como una forma histórica depravada de la objetivación, que es el modo en que el hombre exterioriza sus *facultades esenciales* en el mundo externo. En particular bajo el capitalismo, “el trabajo produce obras maravillosas para los ricos, pero produce desposeimiento para el trabajador” (MARX, 2004, p. 108). Esto alude a la alienación del trabajador con respecto a los productos de su trabajo. Pero Marx muestra que la *enajenación del trabajo* implica asimismo la negación del trabajador en su trabajo, es decir, la *autoalienación*. Esto quiere decir que el trabajador “no se siente bien, sino desdichado; no desarrolla ninguna energía física y espiritual libre, sino que maltrata su ser físico y arruina su espíritu” (p. 109). El trabajo alienado lleva pues a la *desrealización* del trabajador, a “la pérdida de sí mismo” (p. 110).

La consecuencia de todo esto es que el trabajo es percibido no ya como ámbito de realización de las capacidades esenciales, sino como castigo.⁴⁰ Bajo el modo de producción capitalista, “[l]o animal se convierte en lo humano, y lo humano en lo animal” (MARX, p. 2004, p. 110). Esto significa que en la sociedad organizada en torno a la propiedad privada

³⁸ Un ejemplo particular de esto aparece en *ERS* cuando el padre tiene que hacer las veces de “carnicero” para descuartizar un búfalo que han cazado. El padre admite que “no pude conseguir vencer del todo la repugnancia”, pero, agrega: “El habitante de las ciudades elude estas necesidades. Cuando los platos llegan a su mesa, puede, cuando menos, no pensar en esta increíble condición de la vida del hombre, obligado a llevar la muerte a todas partes donde va a vivir” (WYSS, 1991, p. 108). En la novela de Wyss se postula que el vínculo “natural” que ejerce el hombre con respecto a los animales es el del que da muerte a las especies “inferiores”. En este caso, la alienación del “habitante de las ciudades” tiene que ver con que se le oculta esta “realidad” de la *conditio humana*.

³⁹ En *ERS* hay, con todo, una incipiente división del trabajo. Así, cada hermano se destaca en un tipo de labor diferente: Ernesto se consagra más a las tareas intelectuales y Fritz a la caza, mientras que los pequeños colaboran con la madre en las tareas domésticas. El padre, por supuesto, lo dirige y controla todo.

⁴⁰ De manera curiosa, el concepto de trabajo que se desprende del modo de producción capitalista es el mismo que el de la cosmovisión católica.

se da la paradójica situación de que el trabajador solo está a gusto cuando está en su casa, cuando no trabaja, de que solo se siente hombre, es decir, se siente libre, cuando cumple sus funciones animales (comer, beber, procrear); y, en cambio, se percibe a sí mismo como un animal (un ser no libre) en sus funciones humanas. “El trabajador solo siente [...] que está junto a sí mismo [*bei sich*] fuera del trabajo, y que en el trabajo está fuera de sí” (2004, p. 109s.), afirma Marx. Es decir, se siente no-libre, como un animal, justamente, en el trabajo, que, en tanto medio por el cual tiene lugar la objetivación, *es lo que debería hacer hombre al hombre*.

En buena medida, la fascinación que provocaron las robinsonadas en el momento de su surgimiento – y que continúan provocando, incluso, hoy en día – tiene que ver con el modo en que “mostraron” la “dicha” del trabajo y el trabajador en un contexto histórico de creciente alienación del trabajador bajo el modo de producción capitalista. Lo que Watt afirma sobre el *RC* es válido, en general, para todas las robinsonadas, cuyos autores “hace[n] retroceder el reloj económico, y conduce[n] a su héroe a un entorno primitivo, en el que el trabajo puede ser presentado como variado e inspirador, y [...] en el que existe una equivalencia absoluta entre el esfuerzo y la recompensa individuales” (WATT, 1962, p. 72). El motivo de la isla desierta, podemos deducir, entonces, le dio a la novela la posibilidad de representar, de un modo realista, es decir, sin falsear o sobrepasar la realidad social efectivamente dada, un tipo de trabajo que, con Marx, podemos denominar *no-alienado*.

El caso quizás más emblemático de representación del trabajo no-alienado es el de Robinson Crusoe, quien comienza siendo “un pésimo trabajador”, pero, con el tiempo e impulsado por la necesidad, se convierte en un “excelente artesano” (2016, p. 78). Entre muchos otros logros técnicos en las “labores mecánicas”, Robinson admite que nada le provocó “mayor satisfacción, haciéndome sentir tan orgulloso de mi habilidad, como el día en que llegué a construirme una pipa” (p. 161). Más allá de que su construcción le implica muchísimo tiempo y de que la pipa “era muy tosca y fea”, resulta “fuerte y el humo tiraba perfectamente” (p. 161). La utilidad de las cosas es la vara con la que se lo mide todo en la novela de Defoe, pero hay aquí un elemento adicional: el héroe alude a la “satisfacción” por el hecho de que él mismo la construyó. No la adquirió en un comercio como un producto ya terminado, sino que él mismo ha sido artífice de cada etapa en el proceso de su producción.

De Albert Julius sabemos que, en general, interpreta el trabajo como “agradable pasatiempo” (SCHNABEL, 2017, I, p. 242) y que lleva a cabo sus trabajos en la isla “con gusto” (p. 254). En cierta ocasión, construye por sí solo un horno, en el que Concordia hornea pan. Es inevitable recordar que, de niño, en la corrupta Europa, tras quedar

huérfano, Albert se había visto obligado “a pedir el pan ante la puerta de las casas” (p. 145). Ahora, él es quien, con la ayuda de Concordia, lleva a cabo todo el proceso de trabajo necesario, desde la siembra y cosecha del centeno, el arroz y el trigo, pasando por la preparación de la harina y hasta la elaboración y cocción del pan. Esta parece ser la causa del “mayor regocijo y alegría” que experimentan al comerlo por primera vez en la isla. Este carácter “regocijante” del trabajo permite entender que, como se lee más adelante, “a menudo, había muchos días y semanas en los que no trabajábamos por una necesidad acuciante, sino meramente por placer” (2017, II, p. 218).

En *ENR*, el héroe experimenta una “inexpresable alegría” por haber podido construir diversos objetos con sus propias manos, como, por ejemplo, una sombrilla. Entonces, se arrepiente — como todos los Robinsones — de haber sido tan vago cuando vivía en la tranquilidad y comodidad de su hogar, junto a sus padres, y piensa: “¡Ay! ¡Si estuviera ahora en Europa y pudiera disponer de todas las herramientas que se consiguen allí con tanta facilidad! ¡Qué gran alegría me daría, en ese caso, elaborar *por mí mismo* la mayor parte de las cosas que necesitara!” (CAMPE, 2005, p. 71). El joven Robinson postula una situación hipotética que, si bien aparece como difícil de realizar, no es *a priori* imposible. Por lo que se ve, aquí se vincula la posibilidad del trabajo no-alienado con una decisión personal y no con una modalidad de trabajo negada históricamente por el advenimiento del capitalismo. En cualquier caso, vuelve a estar en primer plano la satisfacción ligada al trabajo artesanal, que implica un tipo de vínculo específico entre el trabajador y su objeto.

En *ERS* no se trata tanto de la alegría ligada al hecho de poder hacer por sí mismo lo que en Europa hubiera implicado el concurso de muchos, sino de la satisfacción de poder disfrutar siempre del fruto del propio esfuerzo. Así, a un año de haber llegado a la isla, el personaje del padre le agradece a Dios el que él y su familia hayan sido salvados en “[esta] verdadera tierra de promisión, una especie de paraíso terrenal, donde el trabajo [era] recompensado” (WYSS, 1991, p. 139). Es por ello que, como explica el padre el día del décimo aniversario en la isla, “jamás habíamos pensado, siquiera, en maldecir el trabajo” (p. 218). La alegría vinculada al trabajo se asocia aquí a la posibilidad casi “mágica” de concretar prácticamente todo lo que se desea realizar, sin mayor mediación que la de la propia sagacidad en la organización del trabajo del núcleo familiar.

Los lectores, pertenecientes a la clase media burguesa, tenían en todos estos episodios — como en muchísimos otros de las robinsonadas — un espejo en el que no podían sino mirarse con un dejo de melancólica ilusión. Eagleton afirma que la publicación de la obra de Defoe cumplió “el sueño de la clase media de ver surgir a un sujeto humano capaz de determinarse por completo a sí mismo” (2009, p. 58). Robinson es un “epítome de la autosuficiencia”, capaz de realizar en su persona el proceso productivo “en toda su

extensión”, en una época en la que este se habí[a] vuelto ya tan complej[o] y tan oscur[o] para todo el mundo que casi nadie era capaz de aprehenderl[o] en su totalidad” (p. 57s.), se concluye en *La novela inglesa*. Lo cierto es que estas aseveraciones resultan válidas para todas las robinsonadas que se escribieron después del *RC*: tal es el papel modélico que tuvo esta novela.

Conclusiones

La isla desierta que está en el centro de las robinsonadas es una “tierra liberada” para la burguesía del siglo XVIII. En ellas les es dada a los héroes burgueses la posibilidad de “empezar de cero”, por “afuera”, por así decir, de las relaciones sociales cosificadas por el desarrollo capitalista incipiente. Este componente positivo, activo, es el que parece querer rescatar Lukács con su categoría de *laboriosidad*, que permite entender el carácter jovial de todo este subgénero novelístico, a la vez que sus determinaciones sociohistóricas. La aversión de los Robinsones por la ociosidad, en la que se reconocen, por lo demás, las premisas protestantes del pensamiento de todos los autores de robinsonadas, es la manifestación más palmaria de aquel optimismo. Los Robinsones, en fin, son héroes dichosos, que, a diferencia del promedio de los lectores de las metrópolis europeas, encuentran satisfacción en el trabajo: para ellos, este vuelve a implicar la realización de sus capacidades esenciales. Esta última es, tal vez, la clave para entender la extraña fascinación que siguen provocando las historias de estos náufragos en la actualidad.

Referencias

BARTRA, Roger. Robinson Crusoe o el salvaje arrepentido. En: -. *El salvaje artificial*. México: Ediciones Era, 1997, p. 129-141.

CAMPE, Joachim Heinrich. *Robinson der Jüngere*. Stuttgart: Reclam, 2005.

DEFOE, Daniel. *Vida y aventuras de Robinson Crusoe*. 2 tomos. Trad. de A. Bonanno. Buenos Aires: CEAL, 1982.

EAGLETON, Terry. Daniel Defoe y Jonathan Swift. En: -, *La novela inglesa. Una introducción*. Trad. de A. Benítez Burraco. Madrid: Akal, 2009, p. 35-73.

GOETHE, Johann Wolfgang. *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*. Ed. y trad. de Miguel Salmerón. Madrid: Cátedra, 2000.

LUKÁCS, György. *El alma y las formas. Teoría de la novela*. Trad. Manuel Sacristán. Grijalbo, Barcelona, 1985.

_____. *Ontología del ser social: el trabajo*. Herramienta: Buenos Aires, 2004.

_____. La novela. En: *Escritos de Moscú*. Trad. de M. Vedda y M. Koval. Buenos Aires: Gorla, 2011, p. 29-75.

MARX, Karl. *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Trad. de F. Aren, S. Rotemberg y M. Vedda. Buenos Aires: Colihue, 2004.

_____. Introducción a la crítica de la economía política. En: *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse)*, vol. I. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005, p. 2-33.

NOVAK, Maximilian. Robinson Crusoe's Fear and the Search for Natural Man. *Modern Philology*, 58(4), 1961, p. 238-245.

SCHLAEGER, Jürgen. Die Robinsonade als frühbürgerliche ‚Eutopia‘. En: VOSSKAMP, Wilhelm (ed.). *Utopieforschung*. Vol. 2. Stuttgart: Suhrkamp, 1981, p. 279-298.

SCHNABEL, Johann Gottfried. *La isla Felsenburg*. Trad. de M. Koval. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 2017.

WATT, Ian. *Robinson Crusoe: Burguesía y novela*. Trad. de Martha Eguía. Buenos Aires: Carlos Pérez Editor, 1961.

_____. Chapter 3. *Robinson Crusoe*, Individualism and the Novel. En: -, *The Rise of the Novel*. Berkeley/Los Ángeles: University of California Press, 1962, p. 60–92.

WEBER, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.

WYSS, Johann David. *El Robinson suizo*. Trad. de J.M. Huertas. Barcelona: Euroliber, 1991.